

pasar; en *El Defensor de la Provincia* llegaron á salir unos versos de un chico madrileño en los cuales se hablaba de cierta clara luz sobre el marfil tostado de esta frente; pero tampoco en la frente está el daño, porque, al subirme el moño, con el fin de representar un poco más edad de la que tengo, me he echado el pelo casi hasta las cejas, con lo cual la frente no se me vé... y no gasto pendientes, así es que las orejas bien pueden pasar inadvertidas; además, que á nadie, que yo sepa, se le ha ocurrido nunca enamorarse de unas orejas, por chiquitas y acaracoladas que sean... en fin, que motivo no existe, á no ser que un exceso de misericordia impulse á los hombres á sacrificarse por el gusto de hacer saborear las delicias del amor, que sin duda desconoce, á una chiquilla, que no es precisamente una belleza, pero que está casada con un viejo. Esto de viejo lo dicen ellos, porque á mí me parece que los cuarenta y cinco son la flor de la edad para un hombre de ciencia, y que en mi cualidad libérrima de ser humano puedo con toda la altivez que el caso merece, afirmar mi derecho á la fidelidad y á la felicidad por el camino que más me guste. ¿No es verdad? Tuyísima

SOLILOQUIOS DEL DISCÍPULO



... Mi tía Ramona, al despertarme esta mañana, me ha dicho:—Hoy cumples veinte años, Teófilo: eres todo un hombre, aunque no lo parezca... (Mi tía Ramona es muy aficionada á estos arranques de franqueza casi ofensiva)... eres todo un hombre, y, si lo eres, me lo debes en primer lugar á mí, que te saqué del pueblo, donde no hubieras sido nunca más que un destripaterrones, como tu padre que esté en gloria y tus cinco hermanos; á mí, digo, que desde mocoso te traje á casa y me he sacrificado por tí, para que llegues á ser lo que eres, y luego á don Raimundo, que, sin más obligación que el aprecio que yo le merezco, verdad es que me lo debe porque también por él me he sacrificado bastante, digo, que sin más obligación que el

aprecio que le merezco, y conste que entre él y yo no ha habido nunca gato encerrado, porque él es un señor cabal del todo, aunque me esté mal el decirlo, y á mí á cabal también no me gana nadie, y aunque todavía soy joven, y lo he sido muchísimo más, y estoy de buen ver como está á la vista... en fin, que no hubiera tenido nada de particular porque otros lo hacen y otras lo consienten, y quien dice señor soltero y ama de gobierno, se suele figurar otra cosa, pero yo te aseguro que no y á la vista está, porque al señor doctor le bastan para su entretenimiento los huesos de sus animales... digo que sin más obligación que el aprecio que le merezco te ha servido de padre, y van ya doce años que te tenemos en casa, y que viniste no digamos como, pero que daba lástima verte, y aquí te hemos vestido, y te hemos calzado, y te hemos tratado á que quieres boca, y te hemos quitado la corteza del pueblo, y se te da carrera, y ya estás en segundo de ciencias, y don Raimundo te quiere como si fueras hijo suyo, y te ha enseñado todo lo que sabe, y se fía de tí para la cuestión de los huesos y de las piedras de colores como de sí mismo, y te consiente que limpies

el polvo al despacho, cosa que á mí misma no me ha consentido nunca á pesar del aprecio que le merezco, y comes á la mesa con él, lo cual, hijo mío, que sueles tener muy poca consideración y no piensas nunca al hacerte plato en que tu tía está en la cocina, aunque me esté mal el decirlo; verdad que, qué sería una, si con lo egoístas que sois todos los hombres no tomara sus medidas correspondientes antes de mandar las fuentes á la mesa... Digo que, aunque me esté mal el decirlo, eres todo un hombre, y vas á cumplir, digo, has cumplido veinte años, porque naciste de madrugada, precisamente el día en que me compré yo esa falda verde que todavía tengo para andar por casa, y que cuando me dieron la noticia, me llevé un susto porque no te esperábamos hasta dos ó tres meses más tarde, y con el susto se me ardió el aceite que, aunque me esté mal el decirlo, tenía en la sartén porque estaba preparando el almuerzo, y me saltó á este brazo, y todavía tengo la cicatriz, para que veas si me voy á olvidar del día en que naciste y si me tienes poco que agradecer...

Por aquí andaba la peroración de mi tía Ramona, cuando un campanillazo

cortó el enmarañado hilo de su discurso: el señor Doctor pedía el desayuno. —¡Voy, voy!—gritó mi tía, (el señor Doctor es un poco impaciente).—¡Ay, hijo mío, que vida lleva una tan apereada! No tiene una tiempo ni para decir tres palabras que á una la interesan...—Nuevo campanillazo del señor doctor.—¡Voy, voy!... ¡Jesús que hombre tan vivo de genio! con que ya lo sabes... hoy cumples veinte años, y aunque me esté mal el decirlo...—Ramona, Ramona, ¿dónde demonios se ha metido usted?—grita el profesor—el chocolate, si le parece á usted que ha llegado la hora...

Mi tía Ramona sale de mi cuarto.

¡Es verdad! Hoy cumplo veinte años... y no lo parece: siempre he sido un poquillo desmedrado; acaso tenga la culpa de ello el haber nacido, según dice mi tía, un poco prematuramente; á mí esta precipitación por venir al mundo, me enorgullece un poco porque tengo para mí que demuestra una innegable ansia de vivir, un afán de ser, una vocación de existir, que desde luego predestinan á grandes hechos al individuo que la trae ó á quien ella trae al mundo. A días me ha molestado, siquiera sea levemente, esta digamos insuficiencia física: las

gentes, como no ven del hombre más que la envoltura material, se sienten inclinadas á tener en poco al que anda mal de músculo; pero el espíritu consuela de todo, y lo que es en punto á desarrollo espiritual no puedo quejarme de mi suerte: creo que puedo comprenderlo todo y sentirlo todo: puedo llevar muy alta la cabeza en mi orgullo de caña pensante.

Mi tía ha sido buena para mí: estas amas de llaves solteronas, cuando no aman á un perro ó á un loro, se apasionan inevitablemente por un sobrino: yo he sido la pasión de mi tía, que, por otra parte, no puede sufrir con paciencia á ninguno de sus parientes, y don Raimundo también se ha mostrado siempre conmigo de una bondad inverosímil: él, que todos los días regaña con su doña Ramona, no ha tenido nunca para mí una sola palabra desagradable: verdad es que yo he sido siempre una criatura poco molesta, especie de perrillo silencioso, sin juegos de los que arman ruido, sin travesuras, sin rabietas: mi tía me inculcó en buen hora el principio de que mi virtud esencial en casa del señor don Raimundo consistía en pasar inadvertido: tengo para mí que el doctor—tan á

la perfección cumplí yo los deseos de mi parienta, y tan distraído le ha traído siempre el amor á la sabiduría—tardó años enteros en percatarse de mi presencia en la casa: cuando se enteró de que estaba yo allí, ya se había acostumbrado á que estuviese—esto puede parecer paradoja, pero no lo es.—Yo jugaba, cuando estaba él en casa, debajo de la mesa, con los carretes y ovillos de mi tía; cuando él estaba en clase, con los huesos y piedras de sus colecciones, que luego volvía á colocar en su sitio y por su orden, sin equivocarme jamás: de estos juegos, casi prohibidos, me vino sin duda el instinto de clasificación: el doctor vino, por azar, á darse cuenta de que había en la casa quien supiera casi mejor que él el lugar y el número de orden de sus amadas chucherías científicas, y desde entonces me tomó un afecto, que bien pudiera llamarse paleontológico, y decidió darme carrera y conservarme como auxiliar doméstico. Puedo decir sin falsa modestia que no he defraudado sus esperanzas: mis veinte años rebosan de conocimientos científicos: soy feo, pero naturalista, y cuando dentro de dos años termine mi carrera, podré retener el puesto de

auxiliar en la cátedra de mi padrino. —no sé por qué, mi tía Ramona ha tenido capricho en que yo llame padrino al señor Doctor, y él no ha protestado nunca contra el espiritual parentesco. Sea como quiera, estoy contento de la vida. Pienso que, según dicen los novelistas, los veinte años son la primavera de las ilusiones: preparémonos á vernos florecer. Esta noche he soñado con el amor: debe de ser cosa de gusto, quiero decir de buen sabor: yo no he amado nunca, pero como las noches de invierno son largas, y mi tía Ramona no me deja salir después de cenar, he tenido tiempo de leer no poco y estoy al corriente de la literatura amorosa contemporánea: así es que la pasión, si llega, no me ha de coger inexperto: tengo mis teorías...

* * *

... Que no son mías, precisamente; pero pudieran serlo si no se le hubiese ocurrido á Felipe Trigo formularlas antes que yo. A mí, francamente, Felipe Trigo me parece un genio. Sí, sí, tiene razón: el mundo está perdido porque los hombres han echado á perder el amor: una cosa que debiera y pudiera ser tan sencilla. Con que todas las mu-

jeros fueran igualmente hermosas y todos los hombres igualmente fuertes, se arreglaba el conflicto: nada de diferencias, nada de pasiones exclusivas. ¿Es que á un gorrión se le viene á las mientes adorar á una gorriona especial con exclusión de todas las demás? Felipe Trigo asegura que no, y yo le creo bajo su palabra: un hombre, una mujer, es decir, muchos hombres y muchas mujeres; gimnasios y universidades donde establecer una armoniosa coeducación; á los diez y siete años justos cada uno se enamoraría de su cada una; es decir, el universitario de la izquierda se enamoraría de su inmediata compañera de la derecha. Aquí se me ocurre una dificultad. ¿Y si la compañera se había enamorado antes del compañero de la derecha? Porque á mi entender no hay que contar siempre con que el amor vaya del lado del corazón... en fin, Felipe Trigo lo dice, y él sabrá por qué. Enamorado el hombre, la hembra le corresponde; vanse juntos á formar, no un hogar, sino un grupo amante; no habrá pasiones, porque no habrá celos; no habrá desilusiones, porque ¿para qué? si todas las mujeres son iguales? Por lo tanto, suprimida la infidelidad. Sobre-

vendrá el inevitable embarazo: la mujer se retirará al hospital común durante el breve espacio de dos ó tres años para cumplir sus deberes de madre y nodriza.—Aquí se me ocurre otra dificultad. ¿Que se hará la castidad del hombre durante la ausencia de la esposa? Porque tres años de castidad deben de ser castidad exagerada para un hombre que ha probado el placer de dejar de ser casto. Verdad es que como todas las hembras estarán empleadas legítimamente, y á ninguna le vendrá en deseo faltar al elegido, por la razón apuntada antes de que todos los hombres serán también iguales y no habrá placer en la variación, no habrá más remedio que esperar con paciencia... pero me parece que después del primer experimento de paternidad la teoría de Malthus tendrá muchos prosélitos, y la especie humana correrá peligro de no multiplicarse demasiado: si mi admiración me lo permitiese, escribiría una respetuosa carta á Felipe Trigo para exponerle esta dificultad, porque sería grande lástima que por semejante futesa fuese á fracasar toda su admirable teoría del amor sexual...

* * *

Desgraciadamente, en nuestras universidades faltan las compañeras, y es de temer que la mayoría de los estudiantes tengamos que casarnos, una vez terminada la carrera, con mujeres que nos sean absolutamente desconocidas, y que, habiendo pasado de los veinte años, habrán consumido el ardor de su juventud en deseos estériles y no sabrán responder á nuestros ardores y apasionamientos sino con frías caricias resignadas. ¡Pobres mujeres! ¡Pasar la primavera de la vida en espera del beso que no llega, en ansia del abrazo que la naturaleza reclama y la sociedad prohíbe! Verdaderamente se parte el alma de conmiseración leyendo, por ejemplo, *La sed de amar*. Debe de ser cosa terrible para las pobres criaturas: los hombres tenemos esta hermosa libertad en la que el ejercicio del amor venal nos conserva los amantes verdos: puesto que ejercitamos la facultad de amar, no se nos agota en llamas de deseo. Aquí se me ocurre otra dificultad. ¿Y los que no la ejercitan, es decir, para hablar sinceramente, los que hemos cumplido los veinte sin haberla ejerci-

tado? Sin duda somos tan de compadecer como esas ardorosas ingénuas, como esas vírgenes consumidas de deseo y de anemia... sin duda... el maestro lo dice... entonces, soy también muy digno de lástima. Pero es el caso que, interrogándome sinceramente, no descubro en mí síntomas de la menor consunción interna: jugosos andan corazón y deseos, y creo que la primera mujer que tenga el privilegio de gustarme, siempre que yo le guste á ella, no se podrá quejar de su suerte... Veremos: de todas maneras el problema del amor tiene su importancia, puesto que es esencial en la vida del hombre; sin embargo, hay hombres que parecen negar con su vida la susodicha esencialidad. El doctor don Raimundo, mi amado padrino, entre otros: dicen que tiene cuarenta y cinco años; no se ha casado nunca que yo sepa, ni se piensa casar; mi tía Ramona lleva más de veinte años de vivir con él en absoluta limpieza de costumbres; él no sale de noche, ni de día más que para ir á clase; y, sin embargo, es un hombre sano, alegre, misericordioso... luego el amor no se le ha echado á perder dentro del cuerpo, y la abstinencia no le ha causado anemia. ¿Acaso esté yo desti-

nado á vivir como él sin voluptuosidades sensuales? Sería lástima, porque, á juzgar por las descripciones del maestro en amor, deben de ser las tales voluptuosidades el non plus ultra de lo bueno: aquel olvidarse del mundo, y de la vida, y del alma, aquella fusión de bocas y almas, aquellos gritos «inarticulados», aquel gemir, aquel sollozar; aquel doblarse como juncos los cuerpos, y enroscarse luego como serpientes, y sentir la gloria y el infinito y el cielo y la tierra fundirse en derretimientos incomparables; verdaderamente da gana de morder la manzana, y aquellos discursos que en el vértigo de la más furiosa locura de amor ellos y ellas pronuncian con arrebatada elocuencia y mayúsculas significativas: ¡Oh, Amada! ¡Oh, Mí! ¡Oh, Mí! Y lo del Todo, y lo de la Nada, y lo de las ofrendas y del don altísimo: sí, sí, no es posible marcharse de este mundo sin unas cuantas noches de amor bajo colcha de raso...

* * *

¡Qué bonita es! Tiené unos ojos negros que se rien solos: quiero decir, que para reírse ella no necesita mover los labios. ¡Unos ojos negros...! Con una chispa

dentro que es lo que hay que ver... y que no ver, porque me parece á mí que si se ve mucho tiempo seguido, mareo seguro. ¡Lo que es á mí no ha habido hasta el presente ojos de mujer que me hayan hecho efecto semejante! Verdad es que de cerca, lo que se dice de cerca, no había visto hasta el presente más ojos femeninos que los de mi tía Ramona, y la verdad, los ojos de mi tía Ramona, no me conmueven: en primer lugar son de un colorcillo entre gris y verde, y en colores de ojos también tengo yo mi teoría: si no son negros, no son ojos. Puede que vean los ojos azules; no digo que no, ya que para eso están en la cara, pero lo que es mirar, no miran, y decir ¡no digamos! Por eso me parece una solemne tontería el cantar que canta: «Ojos azules tenía la mujer que me engañó». ¿Cómo puede engañar lo que nada dice? Si me enamoro, y voy temiendo que llegue á enamorarme cualquier día de estos, será de una mujer con ojos negros, y parlanchines, y risueños... como los suyos... como los suyos. Cuando entró en clase pareció que entraba con ella un poco más de luz: debe de ser muy joven, porque lleva las faldas cortas y el pelo bajo con un

gran lazo negro en el moño. ¡Qué bonita es! Ni alta ni baja: anda á paso gimnástico, muy derecha, deprisa, como si el mundo fuera suyo; pero sobre todo, ¡mira con una tranquilidad!; entró en clase, digo, atravesó la sala, y miró á todos lados, buscando puesto, pero miró sin precipitación, sin rubor, sin pensar que la estábamos mirando; había cuatro ó cinco sitios vacantes; los consideró todos despacito, como pesando inconvenientes y ventajas... y vino á sentarse á mi derecha, precisamente en la punta del banco. Como yo me apartase ligeramente para dejarle sitio, volvió la cabeza y me dijo: «gracias». Entonces fué cuando le ví brillar la chispa de los ojos, y sentí un extraño estremecimiento: mucho frío primero por la espalda, y después un calor muy grande en la cara y unas palpitaciones en las sienas: ella arreglaba sus papeles para tomar notas, y no volvió á mirarme en toda la clase: al salir me ha hecho una ligera inclinación de cabeza... ¡Qué bonita es!

* * *

Lleva una blusa blanca un poquitito descotada: así se le vé el cuello tan bien colocado sobre los hombros: es de-

cir, á mí me parece que está bien colocado, aunque no entiendo mucho de escultura, pero la línea suave que va desde detrás de la oreja al hombro da, cuando se la mira, una satisfacción casi científica, como la que se siente cuando en el encerado le sale á uno exacta una demostración: esto debe de ser una tontería, pero ¿qué culpa tengo yo de que cosas distintas produzcan sensaciones análogas? Es como cuando meto las manos en agua caliente; siempre me parece que estoy saboreando azúcar: esto me hace pensar que acaso haya en placer una especie de tabla de valores equivalentes: tal vez por eso á mi padrino no le hace falta ninguna el amor: puede que el armonioso encadenamiento de una serie de vértebras caudales en cualquiera esqueleto de reptil prehistórico, le dé á él tan plácida sensación de bienestar como á mí la dulzura de esta línea viva que, naciendo detrás de la oreja chiquita y fina como una de esas conchas que recogen los chicos en las playas, va á esconderse, precisamente cuando empieza á ser más turbadoramente bonita, en la batista blanca de la blusa. Además, muchos días se pone una gargantilla de coral, que á mí

me causa otra impresión, que también debe de ser una tontería; pero que tampoco puedo remediar: la gargantilla, digo, es de coral y está hecha de bolitas muy rojas; ella es morena clara, pero, junto al rojo de la gargantilla, la piel del cuello parece muy blanca; yo bien sé que las bolitas de coral no son cerezas, y me figuro que la piel del cuello estará tibia como corresponde á toda piel de cuerpo vivo; pues, sin embargo, á fuerza de mirar garganta y gargantilla—y el dominio hace que en cuanto las miro una vez no puedo apartar de ellas los ojos en toda la mañana—á fuerza de mirarlas, repito, me entra una sed de tarde de canícula al sol, y me parece que si mordiera una de las bolitas de coral sobre el cuello tan blanco, sería lo mismo que morder cerezas puestas á refrescar en terrones de hielo. ¡Y tengo que hacer unos esfuerzos para no dejarme llevar de lo golosina, es decir, de la sed! Ello es que suelo salir de clase con la garganta seca, y cuando bebo agua en la fuente del claustro, que siempre me ha parecido el non plus ultra de la frescura, la encuentro nauseabundamente tibia y con sabor á hiel.

* * *

Para escuchar al profesor en clase, cuando no toma notas, que es muy á menudo, tiene una postura mimosa que, francamente, me saca de tino: apoya el codo del brazo derecho en la palma de la mano izquierda, y, ladeando un poco la cabeza, deja descansar la mejilla sobre la mano derecha, cerrada. Así se queda inmóvil, con los ojos á medio entornar y la boca entreabierto, y va siguiendo las explicaciones, y á veces frunce el ceño, y á veces sonrío. Cuando algo le parece muy interesante, coge rápidamente el lápiz y hace unos cuantos signos en el papel; otras veces, cuando llega una demostración difícil, en Álgebra ó en Geometría, cruza las manos sobre el pupitre, inclina un poco el cuerpo hacia delante, y parece que va sorbiendo las palabras; cuando, después de un rato de atención concentrada, «vuelve en sí», y traga la saliva, se le hincha un poco la garganta, y yo me acuerdo del cuello tornasol de una paloma que teníamos en el pueblo metida en una jaula; cuando está distraída, muerde el lápiz, y cuando está, digo yo que nerviosa, ó le cuesta trabajo enten-

der algo, le parte por medio y le tira. A propósito de lápiz, ayer me sucedió una dulce aventura: yo no tomo las notas con lápiz, sino con pluma estilográfica, pero ayer se me olvidó llenarla—hace unos cuantos días se me olvidan una porción de cosas, á mí que he tenido siempre tan buena memoria—se me olvidó llenarla, y á mitad de clase de Mineralogía me quedé en seco; precisamente no tenemos texto y los apuntes son indispensables; hace tiempo que estoy á morir con mi compañero de la izquierda, por motivos que no son del caso, así es que no podía pedirle auxilio; á ella no me atrevía; pero es lista como el mismo diablo; sin volver la cabeza, vió que yo no escribía, y magnánimamente me ofreció su lápiz.—Tome usted.—No, señora, muchas gracias, ¿y usted?—¡Yo tengo otro!—¡Oh, diálogo amable y misterioso, palabras dichas á media voz!—Tome usted... no, señora... Yo tengo otro...—Es la primera vez que nos hemos hablado. Ahora tengo el lápiz como una reliquia, y puesto que ella le ha mordido tantas y tantas veces, le muerdo yo algunas á escondidas en clase y á todo sabor en la soledad de mi cuarto, sin temor á microbios, porque

¿qué microbio puede haber en esa boca fresca que no sea microbio de buen humor, de gracia, de risa...? El lápiz es KO-I-NOR, amarillo, y está muy gastado: le guardo en una caja que fué de tinta china, de seda bordada, y que huele muy bien... Ella huele á fruta y á agua de río: por lo menos cuando viene á sentarse á mi lado, me parece que el aire se embalsama con esa fragancia, que apenas es olor, del campo á la orilla del agua donde hay juncos y hierba crecida y algún saúco en flor. Se mueve, y la ropa le suena á limpia, y es como tirarse desde el puente al río en las siestas de agosto y nadar por debajo del arco donde la sombra de la piedra da fresco de cueva: un frío que no sabe uno si es frío ó buen olor, ó sombra, ó música—¡siempre la maldita confusión de sensaciones!—Pero el caso es que todas las que el verla y sentirla á mi lado, y oirla, suscita en mí, son de cosa bien oliente y de aire libre y de frescura y de frutas y huertos y de amaneceres, y de agua que se queda en hojas de col, y pájaros que vienen á beberla, y que se dan un baño y sacuden las alas. Nunca se me ocurre pensar cuan pienso por ella en lumbres, ni en inviernos, ni en casas

cerradas, ni en ambientes tibios... y, sin embargo, todas esas cosas dicen intimidad, y esta chiquilla debe guardar para las horas íntimas, á juzgar por su paso ginnástico y su empaque de mujer sana, encantos y misteriosas reconditeces nada despreciables. Hoy la miraba: llegó á clase un poquito tarde, sin duda había venido muy deprisa, y traía la cara sonrosada desde el cuello á la frente; le refan los ojos como nunca, respiraba con precipitación y, naturalmente, tenía la boca entreabierta, como una rosa en su rosal; para serenarse, escondió un momento la cara entre las manos. ¡Y yo que no le había mirado las manos nunca! Los ojos y el cuello tienen la culpa. Las manos son sencillamente inverosímiles: un poco morenas, chiquitas; delgadas y gordas al mismo tiempo, quiero decir que tienen los dedos más bien largos, y, sin embargo, la palma, por detrás, digamos el dorso de la mano, es redondo, lleno, con cuatro hoyitos... ¡ay! un poco más morenos que el resto. Lleva en la izquierda, que es la que está á mi lado, una sortija de oro con cinco granates ¡y aquí de los corales de la gargantilla! Si aquellos son cerezas, estos parecen granos de granada, y precisamente los gra-

nos de granada son una de mis pocas pasiones en punto á comestibles. Además, los hoyitos morenos parecen cosa de pan tostado, la tentadora corteza coruscante de las roscas ó del pan de picos, de este pan de Castilla que sabe tan rico untado en miel... Decididamente tengo tendencias antropofágicas frente á esta mujer. A otro cualquiera se le ocurriría pensar: ¡De buena gana le daría un beso! A mí no se me ocurre más que desear: ¡Si pudiera comérmela...!

* * *

Y pienso: ¿Es posible que esta criatura tan limpia, tan fresca, tan apetitosa, tan sonrosadamente morena, con boca tan burlona y ojos tan alegres, tenga en la soledad de sus noches esas horas de fiebre, de tormento, de sed de amar? Bien constituida para el amor está, á juzgar por lo poco que se ve y lo mucho que se adivina; la naturaleza no hace nada inútil; luego si ella está formada para el placer, inevitablemente ha de sentir el aguijón del deseo... ó caen por tierra todas las admirables teorías del admirado é insigne autor de *El amor en la vida y en los libros*. Tiene diez y ocho años no cumplidos, me lo ha dicho